

CUENTO

PRIMER LUGAR

LUCAS BALDORES

*Manuel de Jesús Barbosa García**

(Buenagua, Límite entre Tabasco y Chiapas.
Abril de 1982).

Dondequiera que se encuentre ahora, estará a su lado la mariposa negra; sombra revoloteante de alguna oscurecida pena, de algún presagio bruno, acaso consignado a las penumbras del olvido. A cualquier parte que llegue traerá consigo las alas nerviosas de esa tétrica noticia de la desventura. Se encuentre donde se encuentre, ahí estará, junto con él, su mariposa nocturna. Este inmenso lago de cenizas es, en cierta forma, el triste cúmulo de su legado.

"La mala sombra", así le llamaban las gentes del pueblo, con esa ambigua actitud que dejaba entrever un dejo de respeto férreamente aliado al temor. Ostentaba inmejorable fama de matón, de atravesado. Empero, poco o nada se sabía de su pasado. Le envolvía la leyenda. Irradiaba ese tufo de misterio que obligaba a Doña Quecha a santiguarse al hablar del fuereño, del que decía, murmurando, que tenía las venas cruzadas.

Lucas Baldores era hombre de pocas palabras, de pocas pulgas, de pocos amigos. Muchas -no obstante- eran las penas, las amarguras que dejaba adivinar la pétrea niebla de sus ojos.

Nunca antes hubo aquí en Buenagua fuereños de su talante. Todos en el pueblo nos conocemos bien, desde la infancia se han cruzado nuestros pasos, nuestras miradas; los lazos del parentesco forman aquí, a fuerza de vueltas de generaciones, una abigarrada maraña en donde el tío y el abuelo, la suegra, nietos y compadres son, en cierta forma, colectivos. En la densa maraña de la memoria genealógica aún están presentes el sinnúmero de los muertos que, silentes y escarchados de tiempo, aguardan los principios silvestres de noviembre. Nos son comunes las raíces tuberosas del pasado y común también es la trémula flor de la esperanza. De todos sabemos vicios y virtudes, vida y milagros. . . de todos menos de Lucas Baldores.

A este hombre el silencio le marcó la frente desde antes de parido.

* Alumno de Colegio Superior de Agricultura Tropical de Cd. Cárdenas, Tab.



Mala persona no era el tal Lucas y, en cambio, mejor cazador no he conocido, tanto así que no recuerdo haberle visto fallar un sólo tiro en todas las veces en que juntos anduvimos la sierra en busca de presas. Nadie como él para conocerle virtudes a la luna, nadie que mejor siguiera el rastro del venado. . . a lo mejor era cosa de la condenada mariposa prieta que siempre le seguía. Miedo me da a veces acordarme del bicho endemoniado. . . mala sombra. . . ni duda cabe.

Pero de todo él, lo que más desconcertaba era su mirada, una mirada que -palabra- amansaba hasta a las mismísimas nauyacac. Yo soy testigo de ello, no lo digo de echador, dos veces hubo que -de golpe- nos encontramos de cara al hielo anaranjado de un par de ojillos de culebra. Y Lucas, sin que yo le viera resentir el sudor frío que a mí me ahogaba, miraba de frente a la nauyacac que -cual si tal cosa- seguía tranquila su camino. De nosotros sólo puedo decir que Lucas no perdía el aplomo en tanto que yo ¡Jesús! estaba cual si no tuviese alma en el cuerpo. Miedo me da acordarme, miedo y luego risa, risa de puros nervios, la verdad.

Lucas tenía una querida allá por el Guanal, lo sé porque él mismo me lo platicó al filo del mezcal de caña que habíamos estado bebiendo, y bien que se sabe que a la sombra del alcohol no hay cristiano que no pague con la verdad. Me contó además que sólo la visitaba una vez por mes. Me parece que le estoy escuchando decir, fijas las pupilas en el hechizo de las llamas: ¡De aquí a siete días me marcho a ver a la condenada morena! Después supe que ese día caía en luna nueva. Lucas Baldores siempre veía a su hembra en luna nueva. Cosas de la superstición, me dijo el Chelo cuando se lo platicué; a nadie más se lo había contado hasta ahora.

No faltan los que aseguran que el forastero fue prófugo de diez estados y que debía al cielo más de veinte vidas, que tenía no menos de treinta hijos y que cuarenta veces se había burlado de la muerte. Otros cuentan que Lucas y su aborrecida mariposa no pasaban de ser la estampa misma del desarraigo, de la inadaptación, de aquellos que son perpetuos fugitivos de su destino. No faltó quien asegurase -beso en cruz- que el mentado Lucas no era sino el mismísimo judío que erraba eternamente en expiación de una culpa cometida dos mil años antes.

“Risa me dan todas estas cosas -cuenta el Chino mientras se sienta, dejando a su lado la red de man-ta- de veras que me dan risa. Y no es que yo le halla conocido mucho, apenas tendrá un año y medio desde que le vi por primera vez, pero estoy seguro de que no era mala gente. En lo que sí convengo con los demás es en que el fulano traía la mala suerte adherida al resuello.





. . . pobre morena, la imagino jadeante y empapada en el sudor de la noche sin luna, a treinta y siete grados de calor y, para colmo, con la malvista mariposa negra robándole los suspiros del amor entre temblores y revoloteos.

Cuando Lucas se andaba solo a la sierra, de caería, yo le conocía el momento del retorno porque esa hora la señalaban todos los perros del poblado a fuerza de furiosos ladridos. Me han dicho que los perros son capaces de olfatear la mala sangre a los cristianos. Supongo que por eso, al acercarse Lucas con la mauser terciada sobre la espalda y empapado en el olor del monte enlunado, a los perros les entraba no sé qué suerte de rabia loca en el pellejo, rabia que les hacía destrozar el pesado silencio de la noche. Ganas me daban entonces de partirles el pescuezo a los malparidos perros, pero después de todo, los perros ladraban de frente, sin hipocrecías, no hacían como los Cruces, esos sí que son gente taimada; de cara a uno son pura sonrisa y ceremonia, pero nomás se da uno la vuelta y se dedican a chuparle la alegría al prójimo. De todo el pueblo siempre fueron los Cruces los que más odiaron a Lucas Baldores.

Quizá porque los perros le ladraban a Lucas cuando éste regresaba en la alta noche él no tenía perro. No tenía perro y ni mucho menos caballo, sólo la mariposa, y de eso a nada. . . Bueno, su morena sí que la tenía, pero también ¡Eso de verla una vez al mes como que no! Como que hace falta más hembra y menos caza en la vida de uno.

Ahorita me recuerdo del día en que Doña Quecha puso el grito en el cielo cuando descubrió su sábila enteramente seca, colgada de su listón encarnado; y es que Lucas había pasado por ahí la tarde anterior y la mariposa negra se posó momentáneamente sobre la planta medicinal de la partera, para quien el presagio no pasó desapercibido. Claro que al otro día, al descubrir la mata toda mustia y apurada, estalló en cólera y se fue hecha un puro grito a reclamarle al pobre malaventurado, pidiéndole que le devolviera la vida a la sábila. ¡Hasta de hechicero le acusó! Risa me dan todas estas cosas.

Como a los quince días de sucedido lo de la planta de la partera amaneció despanzurrada la vaca fina de Calixto. Y el mismo anduvo esparciendo por todos lados el rumor de que la culpa de eso la tenía sin duda Lucas Baldores. Pero Calixto se cuidó mucho de ir a reclamarle en su cara lo de la muerte de la res. Y es que Lucas, braverito y todo, pero bien que respetó a esa Doña por ser mujer la quejumbrosa, que si hubiera sido hombre. . . joder.

Bien sabía Calixto que de gritarle a Lucas, acusándolo, estaba exponiéndose a que le fuera poco peor que a la mismísima vaca. Y conste que Lucas no era varón de chingadazos a cada rato. De hecho nunca cargaba machete y a la mauser sólo le echaba mano cuando se andaba a la sierra. Pero a los puños sí que les tenía sobrada fe, y si no que lo diga el tuerto, Já, pobre tuerto que tenía buenos sus dos ojos hasta la mala hora en que se trenzó a patadas con Lucas Baldores y éste le sacó el ojo a fuerza de madrazos. ¡Pero madrazos de cabrón! Que para eso se pintaba solo el buen Lucas.

Pobre del tuerto, nomás de verlo se le atora a uno la saliva en el gañote y como que se siente refeo cuando, al salir de la cantina haciendo esos rumbo a su casa, los chamacos le gritan "Ojito" para hacerlo rabiarse, diablos de escuincles, les encanta mortificar al pobre tuerto, ya de por sí soportando el despiadado peso del alcohol, de su resentimiento, de su rencor que es como un rescoldo. Los chamacos le cantan: "Ojito, pajarito/ ya viste lo que te hizo/ con el piquito". Pobre tuerto. Pero no, a Calixto le pudieron más sus ojos que sus vacas, que tonto no es; total, tiene más de treinta reses. . . pero sólo un par de ojos.

Por todo eso, no me extraña que con lo del volcán que hechó lumbre y cenizas, oscureciéndolo todo, con lo mal que nos fue a todos desde Pichucalco hasta por allá por Fransicorrueda, y con todas las penas y los sinsabores y tanta mortandad como cayó del cielo, no me extraña -digo- que se halla ido, sabe Dios a dónde, el buen Lucas. ¡Qué ganas le iban a quedar de estarse aquí sabiendo de sobra que todos le señalarían como culpable de tanta calamidad como ha abundado! Quién más quién menos, pero todo mundo traía en la cabeza el ánimo de vengar en alguien todos los desastres padecidos, y ese alguien seguro que sería Lucas y su mala sombra, que ni hecho a la medida. Sé que por eso se fue. Y sobrada razón que tuvo, si hasta el señor cura, con lo leído que es y con tanto como sabe de las cosas de Dios pero ningún reparo puso en ir a echarle agua bendita a los humeantes restos que quedaron del jacal de Lucas después de que la gente lo quemó enteramente, azuzadas por los Cruces. De haber estado ahí, compadre, se hubiera sorprendido de ver cuánta gente que se dice decente y educada anduvo ahí echando lumbre en la hoguera en la que se consumió el patrimonio de Lucas. Cuando el infortunio se ensaña con nosotros, nos convierte en algo apenas distinto de las fieras, sólo buscamos algo o alguien sobre quien descargar nuestros malos humores. Triste, compa, pero cierto.

Antier me aventuré a ir al Guanal, nadie me supo dar razón de Lucas. Nadie sabía tampoco nada de su compañera.



Lo peor de todo es que desde que echamos de menos a Lucas han empezado a joder estas mariposas negras; nomás dan las seis de la tarde y se deja caer el zumbido que nos enchina la piel al encararse en nuestros tímpanos. Nomás un suspiro y a luego ya están por todas partes las aborrecidas palomillas. Mírelas si no es cierto, compadre, mírelas; si hasta parece que el alma de Lucas se descompuso en miles de oscuras mariposillas que vienen para atormentarnos, para recordarnos la maldad con la que tratamos al forastero. Mírelas, imírelas!"

Y el Chino tiene razón, de unos días para acá se ha hecho insoportable esta plaga de lepidópteros que llegan al caer la tarde. Por todos lados se les ve, pululando, habitando cada palmo, cada rincón del aire. Trozos de rencor, sombras del ocaso que revolotean extraviadas entre la sólida penumbra de la superstición. Desastre ecológico me dijeron en el CIES, y aquí el Chino me cuenta la razón de sus diarias andanzas con la red entomológica y la linterna abollada. No veo mal que haga esto, después de todo estos días no hay ni qué cazar.

Y a lo mejor mañana (aunque también me tuden de chiflado) me sobrepongo al asco, a las náuseas, al temor repulsivo que me causan esos brunos fragmentos de la desventura, y me voy con el Chino a cazar "pétalos de mala sombra" como les llama el Tuerto.